

No dejes que me lleven

LUCÍA TAMARGO



No dejes que me lleven

LUCÍA TAMARGO



No dejes que me lleven

Lucía Tamargo

No dejes que me lleven

2019, Lucía Tamargo

Todos los derechos reservados

*Para Adriana Soto,
porque escribir esta novela me hizo cono-
cerla
y, sin ella, no estaría hoy aquí*

Índice

No dejes que me lleven

1. Prólogo

2. No quería besarla

3. Me hacía sentir bien

4. Tendremos unos hijos preciosos

5. Nada malo

6. Hui lo más rápido que pude

7. Te quiero

8. Intensificar aquellas sensaciones

9. Éste será nuestro

10. Otra vez no, por favor

11. Yo también quiero

12. ¿Qué había ocurrido?

13. ¿Por qué tenemos que sufrir tanto?

14. El amor no entiende de géneros

15. Suéltala

16. Juntas siempre

17. No podemos ser novias

[18. Las dos cosas a la vez](#)

[19. Ayudadnos](#)

[20. La tiró al suelo](#)

[21. Myra](#)

[22. Sophia le besó](#)

[23. Epílogo](#)

1. Prólogo

Sophia

Mi historia comenzó trece años antes de conocerla. Yo apenas era una adolescente de la clase media, criada en relativa libertad, junto a mi madre. Era feliz junto a ella pero, entonces, enfermó.

-¡Mamá!- gritaba yo asustada mientras unos hombres se llevaban su cuerpo- ¡Mamá! ¡Por favor!

Pataleaba con fuerza mientras aquellos tipos me sostenían sin dejar que me moviera. No podía permitir que se la llevaran de mi lado. Yo sólo tenía quince años, pero de una cosa estaba segura: únicamente éramos mi madre y yo, así que ahora me quedaría sola. Y la idea me aterraba sobremanera.

Yo era una muchacha saludable, de piel blanca como la nieve y melena oscura. Mis ojos verdes se llenaron de lágrimas al pensar en el destino que estaba a punto de azotarme.

Un tipo vino y me obligó a extender el brazo. En mi muñeca estaba el código que me habían tatuado nada más nacer y fue introducido por él en la base de datos.

-B2790- dijo aquel hombre recitando mi nombre para el estado-.

Vivíamos en un país con un régimen autoritario y clasista. Existían tres castas y cada persona, al nacer, recibía un código que era tatuado en su piel. En la base de datos se actualizaban el nombre dado por el estado, el que decidían los padres, y la profesión, en su momento, además de las relaciones familiares. Yo hasta ese día había sido una clase B y mi única familia, mi madre.

Estaba entre medias entre la clase baja y la alta. Ser clase B significaba libertad. Un B podía dirigir su vida sin que nadie se metiera en ello, siempre que cumpliera las reglas del estado.

Pero podían trabajar en lo que quisieran, enamorarse de quien quisieran (siempre que esa pareja tuviera la capacidad de procrear), tener amigos, una educación para el trabajo que fueran a ocupar... Personalmente, siempre pensé que era la clase más afortunada, a pe-

sar de que hubiera que trabajar para ganarse la vida, no como los de la clase alta.

El código posterior a la letra se refería al año en que hubieras nacido, (las dos últimas cifras) y el puesto que ocupabas entre todos los niños nacidos ese año. Yo fui la vigésimo séptima niña que nació en 1990.

-¿*Qué va a ser de mí ahora?* - le pregunté a aquel tipo que me miraba por encima del hombro-.

-*Al no tener un pariente que vele por ti, pasas pertenecer al estado. Serás una C a partir de ahora.*

Aquello me golpeó como un cañonazo. ¿Qué había hecho yo para que me degradaran a ser una esclava?

La clase C era la clase baja. Eran personas que, o bien habían cometido algún delito, tanto de la clase A como de la B, o habían quedado huérfanos, como yo, antes de los dieciocho. Era la peor de todas las clases. No se poseía libertad y tu amo podía hacer contigo cuanto quisiera. Eran considerados impuros y, por lo tanto, no eran aptos para la re-

producción, por lo que los sometían a cirugías esterilizantes.

Los C podían ser vistos desnudos en público puesto que no eran considerados humanos. Algunos iban vestidos, pues así lo había decidido su amo, de la misma forma que algunos de los perros de esas personas llevaban jerséis. Pero muchos se encontraban completamente desnudos ante la multitud. Y ahora yo iba a ser uno de ellos.

Quizás tuviera suerte y me mandaran a algún campo a trabajar las tierras de sol a sol, pero sabía que era poco probable. Era consciente de que yo era justamente lo que buscaban esos degenerados. Una chica joven y bonita de solo quince años, para empezar a destrozar su cuerpo y su alma. Y virgen. Por desgracia para mí en ese momento, yo era virgen.

Cuando me llevaron de allí no pude evitar echarme a llorar a voz en grito. Sabía lo que venía después. Era lo primero que te enseñaban si nacías en las dos castas más afortunadas. Te metían el miedo en el cuerpo para que fueras por el camino recto, pues si te arriesgabas a cuestionar o cometías cualquier

delito y eras detenido, acabarías siendo un esclavo.

Me pasaron a un edificio donde lo primero que hicieron fue comprobar otra vez mi código.

-Estás buenísima- dijo uno de los guardias- Vas a hacer muy feliz a quien te compre, ¡dios!

Le miré con mis ojos verdes empañados de lágrimas. ¿Cómo podía decir algo así? Sólo era una niña e iban a destrozarme... Me tatuaron la C detrás de la oreja mientras me sujetaron con fuerza, pues me negaba a ponerlo fácil. Sólo los de clase C llevaban tatuaje con la letra en esa parte del cuerpo, pues un A o un B podía cambiar de clase, pero nunca un C. Una vez que eras considerado mercancía, ya no había manera de volver a ser humano.

-¿Le cortamos el pelo?- preguntó el guardia que me había tatuado al otro-

-Oh, no... Eso será su amo quien lo decida. Algunos las quieren con pelo- me miró entonces- Desnúdate, niña.

No moví un sólo músculo y mi respiración empezó a agitarse más y más. Estaba paralizada ante la idea de que aquellos hombres me vieran sin mi ropa. Nadie nunca me había visto desnuda, salvo mi madre. No quería... No podía hacer eso... Empecé a sollozar ante la idea de que alguien me fuera a tocar.

-Yo lo haré- dijo el otro guardia, avanzando con decisión-.

Se acercó a mí y comenzó a quitar mi ropa. Primero, intentó deshacerse de mi blusa blanca, pero crucé mis brazos para impedir que la desabotonara. Entonces, simplemente la desgarró y yo solté un grito ahogado por el sobresalto. Dejó mis pechos expuestos y me despojó de la prenda rota.

Tras ella, deshizo el cordón que mantenía mi pantalón en su sitio, y lo dejó caer. Me quedé inmóvil cuando dejó su mirada fija en el vello de mi pubis. Desde aquella altura, me miró directamente a los ojos y sonrió, mientras una lágrima me descendía por la mejilla. A partir de ese momento, yo me dejé hacer, como haría la siguiente década, complaciendo a quien me poseía. En ese entonces, estaba en estado de shock, pero los siguientes

años habría decidido sobrevivir. Y la mejor manera era no hacer nada. Resignarse.

Me prepararon para lo que se esperaba de mí. Me quitaron el vello de todo el cuerpo y me enseñaron a complacer, a estar callada y a obedecer. Me mantuvieron desnuda todo el tiempo que estuve con el comerciante. Me esterilizaron, pues nadie quería embarazar a una esclava.

Algunas de las chicas de allí me enseñaron qué hacerle a un hombre y qué hacerle a una mujer. Me resultó tan asqueroso todo aquello... Lloré durante días sin descanso. Pensé en quitarme la vida un montón de veces, pero luego decidí que mi vida iba a cambiar, en algún momento. Que sólo había que esperar.

La primera vez que me vendieron, fue una revolución. Las pujas iban sucediéndose una tras otra. Era una adolescente virgen y bonita, y pagarían mucho por mí. Al final, un hombre de unos cuarenta años ganó y me llevó con él. Ese mismo día, me hizo suya entre mis gritos de súplica. Fue la primera vez que sentí el dolor de un desgarró, pero no fue la última.

Pasé por varios amos tras aquel hombre, pues en una cosa no cedí. No comí nada de

los despojos de carne que me dieron. La clase A era la única con acceso a la carne y yo no estaba acostumbrada a comer animales. Me resultaba repugnante, así que sólo comía las pieles de las frutas que me daban mis amos. Acababa adelgazando y enfermado rápido, hasta que me revendían al comerciante y éste me alimentaba bien. Cuando volvía a venderme, volvíamos a las mismas. Y así pasé por varios amos y amas que disfrutaban de mi cuerpo unas semanas y me devolvían. Las mujeres solían vestirme, pero los hombres no. Daba igual que hiciera frío. Me mantenían desnuda en su presencia y solo podía taparme con alguna manta cuando abandonaban la estancia. Me acostumbré a que me miraran sin ver más que a un animal desnudo cualquiera, como un perro o un gato que se cruzaba ante ellos. También me acostumbré a que me tocaran e invadieran mi cuerpo. Y a recibir golpes frustrados sin quejarme. Me convertí en una muñeca sin vida, que usaban y pasaban al siguiente niño cuando se aburrían.

Llevaba unas semanas con el comerciante. Me tenía "de oferta" porque me había hecho mayor. Veintiocho años eran demasiados para esos degenerados. Y además, mi hábito alimenticio sacaba de quicio al hombre que me